



Miguel Covarrubias pintando un mural en San Francisco, 1939 Fotografía tomada de http://giam.typepad.com/100_years_of_illustration/2013/04/

El último de los olmecas. Miguel Covarrubias o la pasión por la arqueología*

Robert H. Cobean**

Miguel Covarrubias, hombre de extraordinaria personalidad y gran talento, artista notable, cronista de Nueva York y Europa durante años, viajero incansable, brillante antropólogo autodidacta, maestro, pionero de la danza contemporánea, nació en la ciudad de México el 22 de noviembre de 1904. Su vida duró sólo poco más de 52 años. Murió en 1957, todavía tan joven de mente y espíritu que sus amigos seguían llamándolo *El chamaco*, apodo que le dieron Diego Rivera y otros personajes del México de los años veintes, cuando siendo muy joven hizo sus primeras contribuciones a la pintura mexicana.

Durante estos 52 años de vida, exactamente un siglo en el calendario del México antiguo, realizó tantas actividades y proyectos como para llenar varias vidas notables. A los 17 años era ya un caricaturista reconocido en la ciudad de México y publicaba sus retratos humorísticos de personajes famosos en *El Heraldo*, *El Mundo* y otros periódicos.

De Nueva York a Bali

Covarrubias obtuvo una beca para estudiar en Nueva York y en menos de un año, logró fama como ilustrador y caricaturista de libros y revistas, incluyendo *Vanity Fair*, donde sus dibujos fueron publicados junto a cuentos de Hemingway y Dorothy Parker y fotografías de Man Ray y Edward Steichen.

A los 21 años publicó su primer libro de caricaturas: *El Príncipe de Gales y otros americanos famosos*, en la prestigiosa casa editorial Knopf, de Nueva York. Durante este periodo inicia una serie de pinturas sobre la vida cotidiana de los negros de Harlem, que después fueron publicados en su libro *Negro Drawings*.

Becado por la institución Guggenheim, viajó a Europa, África, India, Vietnam y Bali. Sus visitas a diversos museos aumentaron su interés hacia las artes y la antropología de culturas no occidentales, en especial de las Américas, el Sur de Asia y Polinesia. En 1928 montó en Nueva York su primera exposición museográfica, "Artes Aplicadas de México". Fue creador de escenografías y vestuarios de varias obras de teatro en Nueva York y París.

Con la bailarina Rosa Rolanda, su esposa, pasó algunos meses en la isla de Bali, donde inició sus primeros estudios etnográficos sobre la cultura de los balineses, especialmente su arte, su música, sus bailes religiosos y su vida cotidiana. Publicó *La isla de Bali* en 1937, obra que constituye un documento fundamental sobre el arte y la vida de este pueblo.

* D.R. © Robert H. Cobean/*Arqueología Mexicana*/Raíces.

** Arqueólogo, investigador del INAH (cobean_robert@hotmail.com).

Encuentro con la Cultura Madre

A su regreso a México en 1939, Covarrubias inició sus investigaciones acerca de la arqueología, la etnografía y la historia contemporánea del Istmo de Tehuantepec ayudado por un grupo de amigos, entre los cuales se encontraban Andrés Henestrosa, Alfonso Caso, Donald Cordry y Matthew Stirling. De este periodo data su especial interés por los olmecas, que hasta entonces sólo eran considerados como un estilo de arte prehispánico, representados principalmente por finos jades, procedentes de varias regiones de México, y algunas esculturas monumentales encontradas en el sur de Veracruz y en Tabasco. Muchas de esas piezas estaban grabadas con imágenes de seres fantásticos, en parte humanos y en parte felinos o reptiles. La intuición artística de Covarrubias lo convenció de que el estilo olmeca formaba parte, en realidad, de una cultura de gran antigüedad anterior a otras grandes civilizaciones de México, como la maya y la teotihuacana.

Por este tiempo, Stirling encontró en Tres Zapotes, Veracruz, una estela grabada con una figura olmeca y una serie de glifos, que parecen una versión arcaica de una fecha de la cuenta larga maya. Faltaban algunos

glifos, pero el desciframiento más factible de la fecha fue equivalente a 31 a. de C., es decir, casi 300 años antes de las primeras inscripciones mayas fechadas.

Stirling localizó otros monumentos olmecas en los sitios de Tres Zapotes y La Venta, Tabasco, y Covarrubias hizo numerosos dibujos y estudios iconográficos de los hallazgos principales.

En 1941, en una reunión de la Sociedad Mexicana de Antropología sobre el llamado "Problema olmeca" y en la que participaron distinguidos antropólogos, la intervención de Covarrubias sobre el "Origen y desarrollo del estilo artístico olmeca" fue en muchos aspectos la contribución clave de la reunión.

Con base en la fecha de la estela de Tres Zapotes, Stirling propuso que los olmecas eran más antiguos que los mayas, pero dejó sin precisar cuál era la relación cultural entre los olmecas y las civilizaciones mesoamericanas ya reconocidas. Covarrubias, en cambio, planteó, junto con Alfonso Caso, que los olmecas constituían "la cultura madre" de las otras civilizaciones de México y Centroamérica.

Esta conclusión no recibió mucho apoyo por parte de la mayoría de los arqueólogos que trabajan entonces en México. Varios investigadores especializados



Miguel Covarrubias, *Un baile en Juchitán, Oaxaca* Ilustración tomada de *Mexico South: The Isthmus of Tehuantepec*, Nueva York, Alfred Knopf, 1946 (reproducción con permiso de los editores)

en la cultura maya, encabezados por Sylvanus Morley, estuvieron en completo desacuerdo con la idea de que alguien se atreviera a decir que había una civilización más antigua que sus queridos mayas. Eric Thompson, el gran estudioso de la escritura maya, publicó un erudito ensayo en el que concluyó que los olmecas eran un pueblo tardío, contemporáneo de los toltecas del siglo XIII d. de C. Muchos arqueólogos profesionales no querían discutir este complejo problema con compañeros de la estatura académica de Thompson y Morley. Incluso durante varios años Stirling renegó de sus puntos de vista sobre la antigüedad de los olmecas. De hecho sólo Covarrubias, Caso y el historiador Jiménez Moreno apoyaron el concepto de “la cultura madre”, y entre ellos fue Covarrubias el olmequista más activo.

El sur de Covarrubias

En 1946 aparece su magnífico estudio sobre los pueblos prehispánicos y contemporáneos del Istmo de Tehuantepec, intitulado *El sur de México* y reeditado recientemente por el Instituto Nacional Indigenista (1980). *El sur de México* es considerado por muchos estudiosos como su obra maestra y es, sin duda alguna, uno de los libros más bellos y elocuentes jamás escritos sobre México. Sólo Miguel Covarrubias sería capaz de producir la riqueza multidimensional de esta obra. Se trata de una visión enciclopédica de las culturas del sur de México, expresada en un texto que logra ser a la vez científico y poético, acompañado por dibujos y fotografías de gran belleza. En *El sur de México* hay descripciones de los eventos de la vida cotidiana, los sabores, la comida, los trajes, los paisajes, los recuerdos de formas de vida que ya han dejado de existir. Hay mucha arqueología, mucha historia, pero también hay canciones del puerto de Veracruz y de los juchitecos, descripciones de cómo hacer totopos y sensuales pinturas de tehuanas.

El sur de México es también de gran importancia para nuestro conocimiento sobre el pasado de México. En el capítulo IV del libro Covarrubias hace un elocuente y amplio estudio de los olmecas, que sigue vigente hasta Costa Rica, es decir, el área donde se desarrollaron las grandes civilizaciones prehispánicas que el eminente estudioso Paul Kirchhoff definió como *Mesoamérica*. Señala también, con aguda percepción, que el estilo olmeca es un probable prototipo para el arte de otras civilizaciones mesoamericanas, ubicándolo en la época *arcaica*, en el primer milenio antes de Cristo. Ahora sabemos, después de cuatro décadas de investigacio-



Miguel Covarrubias, *Tehuana* Ilustración tomada de *Mexico South: The Isthmus of Tehuantepec*, Nueva York, Alfred Knopf, 1946 (reproducción con permiso de los editores)

nes y avances científicos, que los olmecas eran todavía más antiguos de lo que Covarrubias planteaba.

Vida y arte olmecas

Cuando Covarrubias redactaba *El sur de México*, la existencia de los olmecas seguía siendo debatida por algunos arqueólogos. Pese a ello, se atrevió a hacer una reconstrucción casi etnográfica de este pueblo, basado en los hallazgos de Stirling y en sus propios estudios. Sus hipótesis acerca de la composición étnica de los olmecas y la existencia de grupos de élite están basadas en los retratos de probables dirigentes, en los monumentos y en el comercio de objetos lujosos, como jades y vasijas finamente decoradas. Implícita en esta discusión se halla la existencia de clases sociales entre los olmecas.

En sus descripciones e ilustraciones de monumentos y de esculturas, este investigador analiza los símbolos y los temas centrales: retratos probables de funcionarios, políticos y sacerdotes, dioses y entes sobrenaturales,

híbridos de humanos con jaguares, reptiles y aves de rapiña, y un gran número de diseños abstractos que tal vez representen conceptos religiosos. Presenta también una excelente discusión de la arquitectura monumental de La Venta y describe vívidamente la geografía y la ecología de la principal zona olmeca, en las selvas de las tierras bajas de Veracruz y Tabasco. Termina su estudio con algunas hipótesis acerca de la caída de la civilización olmeca y de la destrucción de sus centros.

El último de los Olmecas

El sur de México permaneció como la principal evaluación y síntesis de la cultura olmeca durante veinte años, y la brillante visión arqueológica de Covarrubias inspiró muchas de las investigaciones posteriores sobre este pueblo. Con toda justicia Ignacio Bernal dedicó su obra monumental *El mundo olmeca* (1968) a Miguel Covarrubias, llamándolo “El último olmeca”.

Durante la década de los años cuarentas, Covarrubias dedicó mucho tiempo a la arqueología y a la antropología, a través de los trabajos presentados en reuniones científicas. Pasaba meses en sitios arqueológicos, museos y colecciones, tomaba apuntes y hacía dibujos de cualquier ruina, monumento u objeto olmeca. Muchos cuadernos sobre sus investigaciones en este campo permanecen aún inéditos. Junto con el arqueólogo Hugo Moedano realizó excavaciones en Tlatilco, un importante sitio olmeca en el valle de México, cerca de Naucalpan,



Miguel y Rosa Covarrubias en sitio arqueológico **Fotografía** © Archivo Miguel Covarrubias, Universidad de las Américas-Puebla

con numerosos entierros y magníficas ofrendas, figurillas y fina cerámica, jades y otras piedras trabajadas. Estos hallazgos proporcionaron una importante información acerca de los olmecas fuera de la costa del Golfo. Por ese entonces, Covarrubias produjo también estudios importantes sobre las culturas prehispánicas del estado de Guerrero, con un fuerte énfasis en los olmecas.

Sus trabajos tienen dos enfoques principales: encontrar el origen de la cultura olmeca y determinar la naturaleza específica de su influencia sobre los pueblos posteriores. Señaló que algunos de los dioses principales de los aztecas, zapotecas y mayas tuvieron su origen en los olmecas. Su famoso diagrama de la evolución de dioses de la lluvia es un ejemplo de ese tipo de estudio.

Covarrubias: del muralismo a la danza

La búsqueda de Covarrubias de los orígenes de la cultura olmeca tuvo un éxito limitado; basado en un análisis estilístico, concluyó que esta cultura se había originado en el estado de Guerrero, en regiones cercanas al río Mezcala. Aunque pocos arqueólogos contemporáneos están de acuerdo con esta hipótesis, es interesante que algunas de las fechas de radiocarbono más antiguas de objetos de ese estilo con que se cuenta en la actualidad provienen precisamente del estado de Guerrero.

La década de los años cuarentas fue un periodo de intensa actividad para Covarrubias en campos ajenos a la arqueología. Impartió cursos de museografía en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, presentó varias exposiciones en México y en el extranjero y pintó varios murales en los hoteles Del Prado y Ritz y, más tarde, en el Museo Nacional de Artes Populares.

Los murales del Hotel Del Prado, que trataban sobre los pueblos y las áreas geográficas de México, fueron lamentablemente destruidos por el terremoto de 1985. El mural del Ritz, “Una tarde de domingo en Xochimilco”, es una magnífica obra de caricatura, que parece una escena de una película de Tin-Tán. El famoso mural del Museo Nacional de Artes Populares es un himno a la artesanía mexicana que, como muchas de las mejores pinturas del artista, usa un mapa como escenario principal para organizar las figuras humanas y los objetos que representa. Su hermano Luis, que pintó después algunos murales en el Museo Nacional de Antropología, lo ayudó en esta obra.

En 1950, la carrera de Covarrubias tomó otro giro, cuando fue nombrado Jefe del Departamento de Dan-



Miguel Covarrubias, *Vasija maya* Ilustración tomada de *Indian Art of Mexico and Central America*, Nueva York, Alfred Knopf, 1957 (reproducción con permiso de los editores)

za del Instituto Nacional de Bellas Artes. Formó parte de un grupo de músicos, escenógrafos, coreógrafos y bailarines que crearon lo que se ha llamado “La época de oro” de la danza en México. Muchas de sus obras tienen temas derivados de culturales prehispánicas. Su fértil influencia en la danza mexicana vive todavía hoy. La sala Miguel Covarrubias es el centro del programa de danza en la Universidad Nacional.

El manuscrito extraviado

Durante los años cincuentas, sus investigaciones arqueológicas se extendieron para incluir a todos los pueblos indígenas de las Américas. Como resultado de este interés escribió tres volúmenes sobre las culturas indígenas del Mundo Nuevo, pero sólo uno, *El águila, el jaguar y la serpiente*, fue publicado antes de su muerte en 1954. El segundo volumen, *Arte indígena de México y Centroamérica*, apareció de manera póstuma en 1957; desafortunadamente el manuscrito del tercer libro dedicado a Sudamérica, fue extraviado. La profundidad y la belleza de los dos volúmenes que sí vieron la luz es impactante aún hoy, más de treinta años después de su publicación. Junto con *La isla de Bali* y *El sur de México*, sus libros han sido reeditados en numerosas ocasiones. Su estudio de las culturas de Norteamérica es todavía una de las mejores síntesis del arte nativo de este continente, que incluye un largo ensayo ilustrado acerca de las evidencias sobre contactos culturales entre Asia, Oceanía y las Américas y es un documento fundamental para cualquier

investigación sobre el difusionismo cultural en el Nuevo Mundo.

La importancia de Covarrubias

Clásico de la antropología mexicana, *Arte indígena de México y Centroamérica* es la última obra maestra de Covarrubias. En ella retoma muchos de los temas principales de sus investigaciones anteriores y los une en una visión panorámica de gran erudición y profundo amor al pasado de México. Presenta su estudio definitivo acerca de los olmecas, con énfasis en su gran antigüedad y en su papel como “la cultura madre” de las civilizaciones mesoamericanas.

La posición de Covarrubias acerca de la edad de los olmecas sólo fue reivindicada el año de su muerte, cuando las primeras fechas de radiocarbono comprobaron que el sitio de La Venta era muy antiguo y que tenía una secuencia de diversas ocupaciones que empezaban, por lo menos, alrededor de los años 1100 a. de C., y que la estela de Tres Zapotes, a pesar de su estilo, era muy tardía para ser olmeca. En 1971, los habitantes del pueblo de Tres Zapotes encontraron el fragmento faltante de la estela, con los glifos que indican que la fecha inscrita es realmente equivalente al año 31 a. de C. Después de estos hallazgos, la mayoría de los arqueólogos, incluyendo a los mayistas, han reconocido a los olmecas como los antecesores directos de los mayas. Por todas estas razones, la herencia cultural dejada por Miguel Covarrubias acerca de los pueblos prehispánicos de México sigue creciendo en importancia.